

Murcia, 1 de abril 1975

Para “la Sola, la Irrepetible, la felicísima Azenaia, también llamada Mercedes, Hija de Teodosio Rodríguez, nacida en el Valle de Tabladillo” (*Escuela de mandarines*, página 588).

Gentilísima Mercedes:

Estoy escribiéndote varias cartas, para contestar las tuyas, como tengo obligación desde hace mucho tiempo.

Me apuro, por ésta, a poner en tu conocimiento que la fotografía que de mi rostro publicó el diario *Pueblo*, es realmente una fotografía actual, hecha el día 26 de febrero de 1975. No sé como puedes sospechar, si quiera, que yo pueda enviar a ningún medio publicitario una fotografía de otra época más juvenil y viva, como un S.J. cualquiera. No me gusta publicar mis fotografías en revistas y periódicos. El paso del tiempo, al envejecer estos papeles, fosiliza las imágenes; y aunque toda fosilización resulta melancólica, cuando el individuo así atrapado es, además, un ser menor, por así expresarlo, su estampa amarillenta y pasada de moda parece obra de Satanás. Imagina, por ejemplo, un periódico del año 1960, con la fotografía, en grande, de Adolfo Muñoz Alonso, y esta inscripción: “Sólo el camino de Franco es el camino: ha dicho Muñoz Alonso en Gijón”. Supongo que recuerdos como éste, si en la otra vida se recuerda, traerán una parcela de Infierno al Cielo de Muñoz Alonso, sin duda, el Cielo de los Incensadores de Autócratas.

La publicación de la entrevista del diario “Pueblo” se retrasó por no enviar yo fotografía alguna, debido, como acabo de explicar, a mi temor por la fosilización. Sólo la palabra no se fosiliza: tú lo sabes. “Si alguno oye mis palabras y no las guarda, yo no le condenaré, porque no he venido para condenar al mundo, sino para salvar al mundo. El que me rechaza y no recibe mis palabras, ya tiene quien le condene: la Palabra que yo he hablado, ésa le condenará el último día” (*Evangelio según San Juan*, 12-50). El entrevistador insistió por teléfono varias veces, y al fin, tuve que improvisar cuatro fotografías, que me hicieron en la calle los empleados de *Fotos López*. Te las mando para que adviertas cómo envié precisamente al diario *Pueblo* la más anodina, como tú bien dices. La más patética, según tú afirmarías, es la marcada con el número cuatro, a cuyo dorso te he escrito unas palabras de esperanza.

El cartel publicitario de *Escuela de mandarines* fue idea mía. Me inspiró la fotografía de las botas de los soldados, que publicó la revista *Camp de L'Arpa*, ilustrando el capítulo diecinueve de mi libro. Pensé que resultaría expresivo añadir otra de enmucetados y otra de suburbios. Yo mismo aporté la imagen de los enmucetados, que son: Juan Sancho, Mariano Hurtado, un cierto Burillo, Manuel Muñoz Cortés y Rodrigo Fernández Carvajal. Con la representación de los suburbios no me hallo, empero, contento: yo quería manifestar algo más cotidiano e inapelable, por ejemplo, un barrio como “La Ciudad de los Ángeles”; pero los grafistas han retratado chabolas. A mi juicio, lugares como “La Ciudad de los Ángeles” son más sórdidos y tristes que los campos de chabolas, porque éstas se encuentran en una línea límite, encarnan lo extraordinario, mientras que aquellos simbolizan lo ordinario. El verdadero Infierno reside en lo ordinario y común, en lo que aparece como normal, no reformable. Al tiempo que los grafistas han desdibujado los rostros, la fotografía de los enmucetados de carne y hueso se ha convertido en representación de la ultimidad de los enmucetados, en cuanto parcela del franquismo. Aquí se trata de otra especie de fosilización, si bien con valor estético. ¿Cómo podrían pensar Sancho, Hurtado, el tal Burillo, Muñoz Cortés y Fernández Carvajal que, por el solo suceder del tiempo y la difuminación de sus caras, la simple fotografía de sus figuras se trasformaría en intemporal logos de una parcela del franquismo? Al verlos así, en el cartel que comento, recuerdo estas palabras de los *Mandarines*: “Me asombra ver cuán callados y desaparecidos están, que no ensordecen la Tierra con sus querellas ni la llenan de sus actitudes. Han pasado, y sólo habitan mi cabeza; aunque perversos e inmorales, hoy siento tristeza de ellos; eran feroces, y ahora son nombres en los Catálogos”.

Miguel

Murcia, 1 Abril de 1975

¡Mil besos!